
Juventud y porvenir*

Arturo Aguirre
FFL-UNAM

Hacia el año 399 a.n.e. la asamblea ateniense ha sido convocada por el joven y mediocre poeta Meleto para seguir proceso contra un viejo y popular conciudadano. Por los tiempos que corren, los cargos que en otro momento hubiesen sido superfluos adquieren ahora un tono de gravedad: es posible que de encontrarse culpable la condena impuesta sea el destierro o la muerte. La acusación es doble: religiosa y política, dado que, por un lado, se presume su impiedad al no reconocer a los dioses de la ciudad, y, por otro, se aduce que es corruptor de la moral entre los jóvenes. Los cargos no están muy lejos de ser ciertos, porque eso que aquí se llama *impiedad* es la consecuencia del escepticismo racional que el dudar conlleva en sí mismo, y aquello que se llama *corrupción de la juventud* es lo que sin lugar a sospechas podemos señalar como *educación* cuando se anda por ahí exhortando a los jóvenes a

* Este texto forma parte del libro Arturo Aguirre et Stefano Santasilvia, *Filosofía y juventud. Resonancias nicolianas*, e-book, México, Afínita, 2009. (D.R.)

que mediten sobre su propia forma de ejercer y moldear la vida. En suma, el delito que se persigue es el ser filósofo.¹

Con setenta años a cuestas, Sócrates, viejo entre los viejos y joven entre los jóvenes, resulta incómodo a una comunidad corroída por el placer, la vanidad, el poder y la ambición (ésta, acrecentada —como verá Isócrates con su *Sobre la paz*— una generación después cuando intente llamar a Atenas a la paz para cesar en los afanes de conquista fiera). Sólo por una degeneración histórica, la filosofía llegará a ser cómoda y el filósofo un hombre acomodaticio que rehúye enjuiciar la corrupción vital de su comunidad, so pena de que esto le acarree ser tratado como un miembro dificultoso.

Cabe sospechar, por la insistencia en los primeros textos platónicos más cercanos al tono testimonial sobre su maestro, que el proceso en contra de Sócrates era previsible. En *Eutifrón*, *Menón*, el libro I de *República* y en *Gorgias* son los jóvenes mismos los que advierten a Sócrates sobre los peligros de la filosofía. Es digna de recuerdo la advertencia más estridente que el indómito Calicles hace sobre la pertinencia de la filosofía en la vida, percepción por lo demás popular ya en la Atenas del siglo V, como en nuestro siglo XXI. El joven aprendiz de sofista arenga al viejo filósofo de esta manera:

Ciertamente, Sócrates, la filosofía tiene su encanto si se toma moderadamente en la juventud; pero si se insiste en ella más de lo conveniente es la perdición de los hombres. Por bien dotada que esté una persona, si sigue filosofando después de la juventud, necesariamente se hace inexperta de todo lo que es preciso que conozca el que tiene el propósito de ser un hombre esclarecido y bien considerado. [...] Está muy bien ocuparse de la filosofía en la medida en que sirve para la educación, y no es vergonzoso filosofar mientras si se es joven; pero, si cuando uno es ya hombre de edad y aún filosofa, el hecho resulta ridículo, Sócrates.

¹ Para un seguimiento del proceso contra Sócrates véase W.K. C. Guthrie, *Historia de la filosofía griega*, vol. III, Madrid, Gredos, 1962; Werner Jaeger, *Paideia*, México, FCE, 1957, Libro III. “La herencia de Sócrates”; Francis M. Cornford, *Sócrates y el pensamiento griego*, Madrid, Norte y Sur, 1964; Alfred E. Taylor, *El pensamiento de Sócrates*, México, FCE, 1961.

”En verdad —y no te irrites conmigo, pues voy a hablar en interés tuyo—, ¿no te parece vergonzoso estar como creo que tú te encuentras y los que sin cesar llevan adelante la filosofía?

”Pues si alguien —continúa Calicles— te toma ahora a ti, o a cualquier otro como tú, y te lleva a la prisión diciendo que has cometido un delito, sin haberlo cometido, sabes que no podrás valerte tú mismo, sino que te quedarás aturdido y boquiabierto sin saber qué decir, y ya ante el tribunal, aunque tu acusador fuera un hombre incapaz y sin estimación, serías condenado a morir si quisiera proponer contra ti la pena de muerte. [...] Hazme caso, cesa de filosofar, cultiva el buen concierto de los negocios y cultívalo en lo que te dé reputación de hombre sensato; deja a otros esas ocurrencias, que más bien es preciso llamar tonterías o palabrerías, por las que habitarás en una casa vacía; imita no a los que discuten esas pequeñeces, sino a los que tienen riqueza, estimación y otros muchos bienes.²

Apuntemos. Aquí, ante la asamblea de los “Quinientos” que lo juzgan, Sócrates no queda *aturdido y boquiabierto sin saber qué decir*, lo dice claro y fuerte: una vida sin examen no merece ser vivida y se ha de insistir en ello, entre jóvenes y viejos, porque nos alcanza el mal antes que la muerte.³

Pero Calicles no está muy lejos de la verdad, es decir, podemos sostener con él que se “ha de filosofar mientras se es joven”. Tal vez sea por esto mismo que el poder de atracción de una forma de vida que se dice a sí misma amorosa haya encontrado su energía vital más esforzada entre los frescores de aquellos mancebos que buscaban o eran buscados por Sócrates. Las escenas abundan: los diálogos socráticos en Platón y Jenofonte mantienen los temas como la piedad, la belleza, la bondad, la amistad y el amor, así como la virtud en general, con individuos de temprana edad en la *polis* ateniense.

En ese siglo V la filosofía socrática hace que *filosofía* y *juventud* lleguen a ser un binomio indisoluble. La filosofía es ciencia joven en aquel el siglo. Tiene poco tiempo de haber nacido como una vocación libre entre el pueblo

² Platón, *Gorgias*, 483 a - 486 d.

³ Se trata de uno de los pasajes más memorables de la literatura filosófica, el que va del 28 a6 – 30 d7 en la *Apología* de Platón.

griego y bien a bien no ha quedado claro en qué consiste su provecho.⁴ Con Sócrates se delinearán definitivamente su finalidad, su proceder y su injerencia en la comunidad. Entiéndase que la parca edad de la filosofía es evidente por cuanto resulta extravagante y sospechosa, atractiva y propia por su innovación entre los círculos aristocráticos e intelectuales, al grado de ser confundida con el oficio sofista: con la enseñanza de la areté y la militancia juvenil.

Pero la filosofía vendrá a ser también un oficio joven porque será entre la juventud que encontrará la acogida en los grupos que se forman en los gimnasios, en los banquetes o entre las actividades cotidianas de la ciudad. Son bulliciosos, temperamentales y también gozosos los cuadros en los que se ve a Sócrates rodeado de los mejores jóvenes de Atenas —y también de los peores, como Alcibíades o Critias.

De esta manera, la reciprocidad es extraordinaria: la filosofía encontrará en la juventud la manera de consolidarse después de la muerte de Sócrates y la juventud encontrará en la filosofía una manera de entenderse para orientar su acción vital en el mundo. Platón será el ejemplo más significativo de esto inmediatamente después de la muerte de Sócrates, pues —según se lee en *Carta séptima*— después del 399 Platón decidirá otras vías de acción lejanas a la política demócrata de su tiempo y será contumaz, crítico de la perversión cultural de la polis.⁵

La filosofía será entonces una juvenil forma de ser que contrasta con las formas vetustas y decrepitas de una voracidad humana que marchita al alma:

⁴ Véase Eduardo Nicol, *La idea del hombre* (2ª versión), México, FCE, 1977, cap. IX. La reforma de la filosofía. La vocación humana.

⁵ Cf. Platón, *Carta VII*, 340 b1 – 345 c3, en Hans Krämer, *Platón y los fundamentos de la metafísica*, Caracas, Monte Ávila, 1996. Asimismo, véase el estudio de Carlos García Gual, “Platón”, en Victoria Camps. (ed.), *Historia de la ética*, vol. I, Barcelona, Crítica, 1988.

la riqueza, la alta estima del poder y la fama son, frente al ser filósofo, deformaciones de la vida.⁶ Tal vez, por ello, algo nos conmueve cuando escuchamos a Calicles exhortando a Sócrates, algo en la escena que se presenta como el regaño que se hace a un chiquillo que se ha portado inapropiadamente.

Calicles es un hombre ametábolo, su edad no esconde la caducidad de sus juicios, es el alma senil en la concepción de una vida resuelta que no tiene tiempo que perder, y ha de afanarse como una ambición constante. En Sócrates se muestra el carácter fundamental de la juventud: la renovación problemática de la vida, la incesante preservación y novedad del vivir, la vitalidad abierta e irresuelta.

Sócrates irónico, festivo y meditabundo; Sócrates seductor con la palabra, justo, bueno y de alma bella; Sócrates mesurado y desbordante a la vez; Sócrates filósofo, Sócrates joven y sensato.⁷ Sólo podía ser así, porque la filosofía, a decir de Nicol, “es la obra de madurez de un hombre que ha de *permanecer* siempre joven”.⁸ Se advierte que no hablamos aquí de una categoría social o requisito laboral alguno. La juventud es, filosóficamente hablando, un asunto de permanencia de la novedad y retención de lo vivido; esta forma de generar acciones y verse impreso por las variaciones en el orden interno de la experiencia; ahí en donde, según Nicol, se conforma la identidad

⁶ ...“Les pido una sola cosa. Cuando mis hijos sean mayores, atenienses, castigadlos causándoles las mismas molestias que yo a vosotros, si os parece que se preocupan por el dinero o de otra cosa cualquiera antes que la virtud, y si creen que son algo sin serlo, reprochadles, como yo a vosotros, que no se preocupan de lo que es necesario y creen ser algo sin ser dignos de nada”. (Platón, *Apología*, 41 e.)

⁷ Tres pequeños escritos sobre la figura socrática vale tener en consideración: E. Nicol, “Paradojas del hombre excepcional”, en *Las ideas y los días*, México, Afínita, 2007; Gregory Vlastos, “The Paradox of Socrates”, disponible en Google-libros; Pierre Hadot, *Eloge de Socrate*, Paris, Allia, 2004.

⁸ E. Nicol, *La reforma de la filosofía*, México, FCE, 1978, “Introducción”.

personal como construcción propia en la relación con el otro y con el mundo.⁹
Veamos.

Hacia el final de *El Banquete*, Platón ha dejado en claro que la vida amorosa, que la vida cifrada en eros es la creación existencial. La poesía de la existencia es este afán de ensanchar la vida, de renovar el mundo —de mantenerlo joven— con lo propio, que hace que aquellos que se aman procreen hijos o generen una amistad; pero, fundamentalmente, esta póiesis de la existencia esta en el alma misma del individuo, en su fertilidad de la cual nace un hombre nuevo ahora del hombre viejo que fue anteriormente. La acción nos renueva y eros es un símbolo de esta dialéctica entre lo joven y lo viejo, pues lo creado, lo producido nos hace madurar cuando se integra al orden de nuestra individualidad. En fin, que con sus creaciones los hombres renuevan el mundo renovándose a sí mismos. Ya sea en la familia, en la amistad o en el pensamiento la permanencia de tal renovación constante es una relación temporal de la retención entre lo que somos, lo que fuimos y lo que seremos.¹⁰ Relación distintiva de una vida que no sólo tiene futuro, como en la infancia; no sólo pasado como en la vejez; sino que se muestra en el continuo esfuerzo por ensanchar los límites de la propia temporalidad, signo por demás evidente de la juventud.

Justamente por esto, la filosofía es cercana a la energía juvenil, por estas mismas bondades: el amor y su afán; este saberse inacabado y activar la existencia para buscar ser más; la gratuidad y desajuste de la economía vital: la filosofía como la juventud no se reserva en el juego de pérdidas y ganancias;

⁹ Véase E. Nicol, *Crítica de la razón simbólica*, México, FCE, 1982, VIII. "Dialéctica".

¹⁰ Cf. Platón, *Banquete*, 209 a – 212 a.

la fortaleza y la alegría de cara al mundo son las bondades que el filósofo habrá de mantener y que el joven racionalmente habrá de cultivar.¹¹

Mantenerse nuevo, renovarse consolidando lo pasado es tarea humana y es ése el núcleo de un alma joven. No hablo aquí de un frívolo *sentirse* joven, sino de una actividad perseverante, afanosa y racional, cuya energía es generadora de virtudes (mismas que hallan sentido en la vinculación con los otros), y, a la par, es promotora de la realización y felicidad del individuo.

Permanecer joven es darle mantenimiento a la vida, esto que tiene en la obra de Nicol las resonancias socrático-platónicas, de índole vital, existencial y ontológicas, mismas que merecen su atención desde la década de 1940 hasta la década de 1990.

En 1972, en su obra *El porvenir de la filosofía*, cuando reflexivo ante la supuesta y previsible muerte de la filosofía, Nicol inserta la reflexión sobre la juventud en su “Meditación de la protesta juvenil”.¹² Ahí, la meditación se detendrá en el desorden interno del ser del hombre en el siglo XX que no logra dar espacio a la juventud, que no puede concebir como algo saludable el rehusarse de los jóvenes a la aceptación inerte y acomodaticia de la situación en la que se ha venido al mundo.

Por los tiempos que corren, observa Nicol, la filosofía sufre de la desesperanza de los hombres, de una juventud que en el siglo XX es depósito de un “legado tan copioso de decepciones”. Ser joven ahora es padecer a consciencia el desengaño, el fracaso, la frustración, la falta de sueños, de

¹¹ Véase al respecto el pequeño y lúcido texto de J. Ortega y Gasset, “Las virtudes de la mocedad”, en *La misión de la universidad*, Madrid, Revista de Occidente, 1982.

¹² E. Nicol, *El porvenir de la filosofía*, México, FCE, 1972.

héroes; la precocidad sin par, ahora masiva, ametabólica, que se mostraba en seres particulares como Calicles; el sufrimiento y el miedo a la equivocación, la amargura y la vacilación, la retracción ante el problema y el ansia de la seguridad existencial que el consumo y la uniformidad ofertan; éstos, factores que aquejan al hombre mismo y no son para Nicol únicamente un problema juvenil, o un asunto social o un tema pedagógico que pueda resolverse con aquella formula que Calicles demandaba: la filosofía sólo sirve para la educación y en un periodo dado. Ser filósofo y ser joven son formas de ser ante el mundo, porque se habrá de filosofar mientras se permanezca joven.

Pues la fragmentación y pérdida de la juventud es un problema de índole existencial en su sentido más radical, y en ello pelagra no sólo el individuo sino la vocación libre que se consolida en el alma juvenil. Pelagra la juventud sin filosofía, pero a la par, pelagra a muerte la filosofía sin la juventud.

No es ahora el filósofo el que es llevado a proceso por pervertir a la juventud, sino que es la juventud misma la que es acosada por nuestro tiempo, perseguida por el anonimato, por la deserotización de la vida, por la amargura cotidiana, por la premura de la tenencia, por la incertidumbre del porvenir. Hay una caducidad del alma, un avejentamiento prematuro por la monótona responsabilidad cotidiana de cumplir la tarea, y ganarse la vida, que lleva a olvidar la responsabilidad mayor que Sócrates afirmaba como “terapia o cuidado del alma”. La madurez que requiere la filosofía sólo podría generarse con la experiencia ahí en donde lo nuevo nos renueva, acrecentado nuestro horizonte vital en esta dialéctica temporal que no se puede medir solamente

con la acumulación de años.¹³ Ser viejo —afirmaba Nicol en la conmemoración de su 80° aniversario— no tiene ningún mérito, sólo hay que esperar que pasen los años; porque el problema, se ve, es permanecer joven, mantener la vida activa y creativa, la ontopóiesis cotidiana.

Pero estos son otros tiempos, la juventud se malogra apenas aparece en ese momento en que la actividad y la sana búsqueda de sí mismo se desata. Hay un sistema de regulación que ordena y mitiga toda búsqueda de autenticidad, o bien, hay una desorientación frontal de los jóvenes del no saber qué hacer con tanto brío vital. La madurez manifiesta hoy día una pobreza de experiencia, hay una infantilización generalizada en las dinámicas sociales promovidas por los sistemas de entretenimiento y de ahí que no sea raro que el tema de nuestros días sea por antonomasia un constructo psicosocial tan impreciso como recurrido que es la *adolescencia*. Lo cierto es que la juventud anda desorientada en un mundo sin coordenadas propias, desbordante de dispositivos disciplinarios, de remedios contra la originalidad, la crítica y la resistencia.¹⁴

La dialéctica temporal de la vida ha sufrido alteración. La prisa, este no tener tiempo para nada, este sólo tener *el ahora*, somete al individuo a una prisión temporal en donde no tiene porvenir y es alimentado por las modas de todo tipo y las innovaciones incesantes que vuelven todo obsoleto apenas aparecido. La aceleración de la vida, la acumulación extraordinaria de

¹³ Véase “Tiempo en silencio”, en *Las ideas y los días*, op. cit.; “Paisaje y verdad” en *La vocación humana*, México, CNCA, 1990. [vers. en catalán de este artículo en *Las ideas y los días*, *ibid.*]

¹⁴ Véase los artículos de Paolo Virno, “Virtuosismo y revolución: notas sobre el concepto de acción política”; así como, Jorge Juanes, “Vivir a la intemperie: el estallido de la subversión”, ambos artículos en *Contracorriente. Filosofía, arte y política*, México, Afínita, 2009. Igualmente, Juan-Ramón Capella, *Entrada en la barbarie*, Madrid, Trotta, 2002, “Tiempo de barbarie”.

novedades es la fractura de la dialéctica temporal de la existencia, dado que no hay criterios para saber qué variaciones han de ser idóneas para darle forma a la propia individualidad.¹⁵

Condenada al “ahora”, la temporalidad se reduce, la vida se acorta cuando desaparece el horizonte para extender la acción y su creación. Un ahora sin pasado y sin porvenir es sólo un instante, un suceso fracturado de la dialéctica temporal. El problema no es sólo el dramatismo individual de un alma desvigorizada —ahí en donde hayan sus espacios propicios las psicoterapias, los “test” reduccionistas, las creencias improvisadas y los publicistas sin par—, sino, a su vez, se trata de la consecuente destemporalización del régimen de la vida, la ruptura histórica de no ver más al pasado, de no perseguir sueño alguno con la acción de ahora y la falta de proyecto por lo que se espera ser y por lo que se ha de esforzar cada cual y todos en comunidad.

Ensueño y convulsión no son dos aspectos en pugna, sino que se avienen en el desarrollo de la esperanza ciega de nuestro tiempo, desesperado por lo previsible, de un futuro que se transforma en una unívoca dirección: el ocaso paulatino del mundo, de la ineficiencia de nuestras acciones y la restitución de nuestras impaciencias frente a la agonía de la transformación cultural. Esto es, en palabras de Eduardo Nicol, que:

La deshumanización ha avanzado tanto que entre sus resultados aparece ya, como era previsible y de manera muy notoria, una turbulenta reacción humanista. El humanismo ha salido a la calle. Y como en la calle no se piensa, no sería necesario hablar de esa reacción, sino por lo que tiene de confusa. Confusión y

¹⁵ Veáse, E. Nicol, *El porvenir de la filosofía*, op. cit. p. 287 et seq. “El orden del tiempo. Velocidad y atonía: la pérdida del pasado”. Asimismo, cf. *Psicología de las situaciones vitales*, México, FCE, 1972, p. 128 et seq., “La prisa”. Cf. Stefano Santasilia, “Estar a solas. La ternura interior”, en A. Aguirre et S. Santasilia *Filosofía y juventud. Resonancias nicolianas*, México, Afínita, e-book, 2009.

humanismo no se combinan bien, y solamente la filosofía puede interpretar esa insólita combinación: no bastan la política, la sociología, la psiquiatría.¹⁶

Hacia 1980, para Nicol es un hecho, el ser humano agoniza, se le acaba el tiempo cuando no puede renovarlo, cuando le da la espalda al mundo. La agonía de Proteo es el signo *pre-visible* de la muerte del hombre. No de la extinción, no sólo, sino el mal antes que la muerte, la muerte de las formas de vida que dieron forma vital y la muerte de la energía que reactivaba las formaciones creadas.¹⁷

En tal sentido, desde la obra de Nicol habrá de meditarse sobre la posible recomposición, reintegración o reordenación de la vida, pero ello únicamente en función de que la nuestra propia vida vuelva la cara hacia las bondades de la juventud y hacia las responsabilidades y acciones mediadas con la prudencia que requiere madurez para comprender, no lo que *sobreviene* o lo *previsible*, sino lo que humanamente es posible hacer, es decir, el porvenir.¹⁸

En la obra de Nicol hay una distinción fundamental entre lo previsible y lo porvenir que se remonta a la *Psicología de la situaciones* y a algunos textos de *Las ideas y los días* (“El estupendo futuro”, entre ellos) y alcanza una tematización estricta en *El porvenir de la filosofía*. “Pre-visible” son los datos y las inercias que nos permiten diagnosticar, así como pronosticar lo que vendrá, lo que desde ahora se ve que llegará; pero, lo “por-venir” es aquello que dentro de la sucesión previsible de las cosas no está preescrito y es —con todo y lo previsible y pronosticable a que se enfrente nuestro tiempo— susceptible de cambio y alteración histórica. Lo porvenir es la acción no destinada, más propia

¹⁶ Eduardo Nicol, *El porvenir de la filosofía*, op. cit., p. 275.

¹⁷ Véase E. Nicol, “Notas a la Agonía de Proteo”, en *Símbolo y verdad*, México, Afínita, 2007; *La agonía de Proteo*, México, Herder, 2004.

¹⁸ Cf. E. Nicol, *La reforma de la filosofía*, México, FCE, 1980, “Teoría de la mundanidad”.

del orden de la libertad, de la acción contra el destino, de la ampliación de los límites y de nuestro uso de los recursos no mediatizados por la acción racional: el porvenir no sólo requiere la racionalidad, requiere imaginación, deseo de cambio y la perseverancia en la creación de algo.

Pues no siempre las posibilidades se presentan como alternativas concretas, como si estuvieran desplegadas en abanico partiendo del punto central que es nuestro presente. No siempre son calculables, como actos *previsibles* ni siempre atinamos a reflexionar sobre ellos antes de proceder, o después de haber actuado. Pero es manifiesto que nuestro presente contiene en potencia lo que nuestro ser mundano podrá-ser en el futuro, lo que en nuestras acciones late de inminencia de lo *porvenir*. Es evidente que de este futuro están excluidos de antemano los im-posibles, calculables o no, porque éstos quedan fuera de los límites que constituyen nuestro ser actual. En todo caso, no hay existencia humana que no contenga posibilidades ni hay algún posible que no albergue ya de algún modo en la existencia real y actual, pues las condiciones de nuestra vida limitan la existencia.

En el juego dinámico, la dialéctica de la existencia, en la realización de una posibilidad elegida implica la renuncia de otros cursos de acción posibles a los que nuestra indecisión tornó en imposibilidades inapresables; en cambio, el curso que adoptamos nos presenta otras posibilidades vitales nuevas. Como hemos indicado, la posibilidad de hacerse a sí mismo, este eros en el existir, refiere a una dimensión del ser posible, carente y anhelante que, bajo unos determinados procesos de adquisición, en función de la perseverancia y realización, se considera la finalidad de las acciones de su ser y hacer. Éstas

son acontecimientos cualitativos, y por cuanto humanos, emergentes del orden de la libertad que el alma joven genera e imprime en existencia misma.

Ningún otro ser puede ser libre si en su constitución es impotente de crear, si su ser es im-potente ante la orientación del cambio.

Así, esto es lo que pasa con el porvenir de la filosofía y la juventud. Hay datos previsibles para temer el fin de la filosofía y la poesía de la existencia, es previsible que sucumba la paideia filosófica y el ser humano tal y como se ha cultivado en Occidente; pero, ante ello, queda el porvenir que sólo es posible con la vocación racional, esforzada, desinteresada y esperanzada de la filosofía misma, de la juventud que sostiene el empeño del filósofo y la indiscutible alegría de ser y hacer, de crear, constantemente en la generosidad de los días, en el cultivo de la amistad, en la cercanía de los seres amados, en el empeño por un mejor vivir, en la eroticidad misma de la vida que lucha y protesta contra un régimen de vida sometido por las forzosidades. Es un hecho: frente a la desilusión del siglo XX por la filosofía, frente a la tristeza del pensamiento cuando se aboca al hombre, Nicol afirma lo por-venir siempre como algo que acontece y altera el orden de lo forzoso porque introduce otro régimen: el de la verdad y sus factores libres, el del rejuvenecimiento del mundo.

Así, frente a los datos es *previsible* que siga un deterioro de la "individualidad" como una hechura histórica; no obstante, para lo porvenir, la razón y el oficio del pensar, las excelencias humanas de la paideia y sus

energías formativas deben mantenerse como un afán y tarea de cultivo de las bondades que el pasado brindó como herencia.¹⁹ La filosofía no cumpliría ahora la misión que le incumbe si no intentara conceptualizar esa nueva tendencia de la humanidad que está despuntando y no le ofrece elementos a la juventud para pensarse a sí misma.

Es con esta idea directriz que debemos llamar la atención sobre el hecho de que la existencia tiene formas, porque es ella misma una tarea permanente de conformación de la individualidad: es un dinamismo vital en sus expresiones, hebras de posibilidades, hilos de actualizaciones con los cuales se teje el tapiz de nuestras formas expresión para ser y suscitar el mundo. Tarea tan juvenil como sensata.

Después de dos votaciones, la asamblea de los quinientos ha encontrado culpable a Sócrates por impiedad y corrupción de la juventud. Morirá entre jóvenes y pidiendo que se sacrifique un gallo a Asclepio.

¹⁹ Cf. E. Nicol, "Del oficio", en Eduardo Nicol. La filosofía como razón simbólica, revista *Anthropos*, 3 (1998).